

Índice

Introducción a cargo de David Porcel Dieste	9
Andrea Belenchón Marco. Profesora de Secundaria de Filosofía.	15
Prefacio.....	16
Lo la que la COVID-19 nos ha enseñado... o no	17
Julen Bollain Urbietta. Economista y miembro de la Basic Income Earth Network (BIEN)	35
Prefacio.....	36
¡No perdamos el tren!.....	38
Paula Ericsson Navarro. Periodista.....	61
Prefacio.....	62
El Hombre Azul que no podía andar	64
Paula Fraga Arias. Jurista.....	89
Prefacio.....	90
En defensa del feminismo	91
María González Reyes. Profesora de Secundaria y activista de Eco- logistas en Acción.....	105
Prefacio.....	106
Preguntas que no se pueden responder con un sí o un no. Un diálogo sobre temas ecosociales entre alum- nas de 1º de Bachillerato.....	107

Pablo MM. Periodista, hijo de Carmen y Eduardo.....	133
Prefacio.....	134
No tenéis futuro, salvo que luchéis.....	136
Lluís Nadal Dieste. Médico residente de cuarto año de Medicina Familiar y Comunitaria	153
Prefacio.....	154
¡Paciente a valorar!	156
Nuria Prieto. Arquitecta doctora e ilustradora.....	181
Prefacio.....	182
Cuaderno de viaje.....	183
Rita Rakosnik. Historiadora del arte, crítica y comisaria independiente	237
Prefacio.....	238
Con A de Amante.....	240
Júlia Vergara-Alert. Investigadora del Grup de Coronavirus del IRTA-CReSA	259
Prefacio.....	260
Confinados en el laboratorio.....	262

INTRODUCCIÓN

Si ha de sacarse un provecho a esta pandemia es el de hacer un alto en el camino y pensar hacia dónde queremos ir. En la loca carrera por la competencia y el rendimiento apenas encontramos momentos para el sosiego y la reflexión, y si los encontramos enseguida son interrumpidos por una nueva llamada al orden. De unas décadas acá, especialmente con la llegada de los gigantes de la información y la comunicación, el mundo ha ido convirtiéndose en un poderoso velocímetro que, como Saturno con su hijo, acaba devorando los cuerpos y consumiendo las almas. ¿O no son cada vez más frecuentes los trastornos derivados de la hiperactividad, la hipervelocidad y el hiperconsumo? En el trabajo, en la escuela, pero también en el tiempo de ocio y esparcimiento, incluso en el sueño y el ensueño, la sociedad de la aceleración se llena de individuos obcecados por obtener siempre el mejor resultado, de cuerpos

desgastados por buscar el máximo rendimiento y mentes extasiadas por conquistar la mejor marca en una lucha que, en el fondo, no hemos elegido. Y mientras, con la entrada de escenarios artificiales donde la única regla es llegar a lo más alto y de la forma más veloz, han ido desapareciendo la aventura, el misterio y la alegría del juego.

En esta carrera desenfundada, y seguramente ciega, por ver quién es el más rápido en cumplir con los niveles que se nos exige, hemos olvidado lo más importante con lo que contamos, aquello sin lo cual no haríamos camino: pararnos y escucharnos a nosotros mismos, y quizá, preguntarnos *¿Realmente es este el mundo que queremos?* Si durante los años gloriosos de la Ilustración el lema que animó a hombres y mujeres a salir de su ignorancia fue el celeberrimo «atrévete a pensar», promulgado por el filósofo Immanuel Kant, ahora, en un esfuerzo colectivo por dar un nuevo giro a la historia, proponemos invertir los términos y «pensar en atrevernos». Atrevernos a pensar, pero también a imaginar, a desear, a construir nuevos mundos con ocasión de la sensación tan compartida de que así no podemos continuar. Ha llegado el momento de recuperar la figura del «nosotros» frente al narcisístico «yo» moderno, de parar a pensarlos y decidir, conjuntamente, el mundo que queremos.

¿Y a qué mundo hemos llegado para que queramos construir otro? ¿Nos ha dado motivos para seguir abrazándolo o, por el contrario, ha suscitado tanto espanto que ya recelamos de él? ¿Podremos las jóvenes generaciones salvar los problemas que asfixian a nuestros mayores o, como ellos, estaremos ya lo suficientemente contagiados como para no poder albergar

nuevas esperanzas? Sin duda, el lector tiene entre sus manos un libro de relatos, de reflexiones y experiencias contados por jóvenes científicos y humanistas que, habiendo vivido el horror de la pandemia desde puestos decisivos, dan todavía fe de reservas de energía con las que abrigar al mundo de esperanza e ilusión. Recordando a Otto Neurath, *somos como marinos que en alta mar deben reconstruir su barco usando las mismas maderas viejas con las que fue construido*. Cada relato, contado con el rigor que exige el lenguaje científico, pero, también, con la amenidad que acompaña la vida de estos jóvenes navegantes, abrirá una nueva ventana desde la que asomarse y, cómo no, abrirse paso a territorios inexplorados.

¿Pero qué mundo es el que tenemos para querer abrir nuevas ventanas? Como se pone de manifiesto cada vez que las fuerzas de la naturaleza arremeten en la historia, destruyendo todas aquellas conquistas que creíamos ilusamente a salvaguardo, el mundo que tenemos es un mundo todavía contagiado de la primera *hybris* que desde la antigüedad conduce a Occidente hacia la degeneración y la sobreexplotación. Nos referimos a la desmesura de quien se ve por encima de los demás y de la Naturaleza, otorgándose, no sin autoritarismo, el derecho a pensar que todo cuanto se extiende a su alrededor obedece a las leyes del cálculo y de la razón. Después de más de dos mil años de historia, todavía entre las ilusiones de nuestra época está la de considerar que los accidentes se producen por errores calculables, ya sea provocados por un fallo en la maquinaria o de quien la pilota. Y así nos lo ha contado la historia del *Titanic* y de su hundimiento, símbolo esplendoroso de todo un optimismo tecnológico que devino en catástrofe. Sin embargo, lo que se escamotea a quienes no

ven el lado sombrío de las cosas, el veneno disuelto en el vaso, la herrumbre en el metal, es que los accidentes son consecuencia de lesiones que se produjeron mucho antes. El error, que ahora en tiempos pandémicos vuelve a aflorar, no ha sido no divisar el iceberg, sino pensar que el *Titanic* podría atravesar icebergs. No es un error individual, sino de época. No es un error de cálculo, sino de credo.

Cada uno de los trabajos que aquí se publican, desde la experiencia y el entusiasmo de quien los escribe, y a la luz de los efectos tan devastadores de esta pandemia, reconoce con urgencia la importancia de revisar aquella historia y mirar el mundo con mayor humildad, prudencia y justeza. Una de las grandes limitaciones de nuestra herencia moderna es *no* haber advertido que junto a la razón instrumental se halla el «corazón», y con él todo un trazado de caminos con los que comulgar en infinidad de ideas, proyectos y sentires de los que aquella no puede tener noticia. Por el «corazón» también se conoce, hasta el punto de que, como recuerda san Agustín, no se ama lo que se conoce, sino que *se conoce lo que se ama*. ¿Será esta pandemia la ocasión para tomar consciencia del error de mirarnos con ojos de gigantes? ¿Nos servirá para reparar en la *hybris* y dejar que el amor ilumine nuestra relación con los otros? ¿O seguiremos creyéndonos dioses y demonios en esta lucha por la apropiación, la competencia y la destrucción del planeta?

Si hay algo por lo que luchar es porque esta pandemia global sirva para reencontrarnos en la casa común de la madre naturaleza y, así, prepararnos para velar juntos por el cuidado de nuestros semejantes. Va siendo hora de examinar el origen

de los errores de nuestra herencia cultural con la esperanza, como diría Hölderlin, *de ver crecer lo que salva allí donde está el peligro*. Y en virtud de ese descubrimiento relanzar una educación que, por encima de todo, desplazando al rendimiento y la explotación como ideales regulativos, eduque con la mirada puesta en la persona y sus deseos de felicidad. La consecuencia de asumir este viraje en el punto de mira bien podría ser plantear, de una vez, una educación que no busque la conquista y la perfección sino la verdad y la prudencia.

Escucharemos entonces estas voces jóvenes representativas de movimientos que, como el ecologismo, el feminismo o el indigenismo de las últimas décadas, tantas veces han sido silenciados en la carrera por la conquista y el poder. Desde una perspectiva multidisciplinar damos paso ya a este conjunto de estudios realizados con el rigor y la autonomía suficientes como para empezar a construir a partir de ellos nuevas estrategias y planes de vida en la nueva era postpandémica. De lo que se trata, como verá el lector al pasar las páginas, no es de llegar a absolutos ni a verdades universales, sino, con actitud humilde y vigilante, de cuidar y construir caminos que nos prevengan de errores pasados y allanen el terreno para un mundo mucho más próximo y hospitalario del que ya dejamos atrás.

DAVID PORCEL DIESTE

Mi nombre es Andrea y soy profesora de Filosofía. Aparte de docente también he trabajado escribiendo libros de texto. Pero lo que más me gusta de lo que hago actualmente es ser coordinadora de la Olimpiada de Filosofía de Aragón, una actividad en la que participáis los «jóvenes filósofos» ejerciendo vuestro pensamiento crítico sobre la situación y el mundo actual.

El objetivo de este artículo es similar a lo que se propone con la Olimpiada: generar una reflexión y poner en marcha tu capacidad de crítica. Con esto pretendo que tú, como alumno, te pongas en marcha y empieces a actuar a través de los organismos que los centros educativos te proporcionan para cambiar tu educación. Esto lo puedes hacer ejerciendo como delegado de clase, formando parte del consejo escolar o, incluso, realizando protestas formales como pueden ser debates, manifestaciones, escritos a la Administración... Porque si consigues transformar el sistema de enseñanza quizás estés sembrando la semilla para cambiar el mundo de mañana.

LO LA QUE LA COVID-19 NOS HA ENSEÑADO... O NO

¿Entusiasmo? ¿Agobio? ¿Tristeza o soledad? ¿Aburrimiento o apatía? Si te has identificado con alguna de estas emociones al comenzar a leer esto, no te preocupes, no es nada raro, estos son solo algunos de los sentimientos que prácticamente todos hemos experimentado durante esta cuarentena. Ahora bien, ¿cómo te han afectado? ¿Cómo han afectado al desarrollo de las clases y al aprendizaje de los alumnos? ¿Qué es lo que podemos aprender de esta situación y utilizar para mejorar nuestro sistema educativo de cara a nuestro futuro más inmediato? Estas son solo algunas de las preguntas sobre las que pretendo reflexionar en el siguiente texto.

El hilo conductor que voy a seguir en el siguiente ensayo consiste en analizar lo que yo llamo las tres fases del confinamiento en educación, tres etapas que de manera general he

visto atravesar a mis alumnos. A partir de la descripción y análisis de estos tres estadios pretendo poner de manifiesto que la COVID-19 no ha hecho sino «sacar a la luz» todas aquellas deficiencias del sistema educativo, aquellas que tanto alumnos como profesores llevamos años denunciando, pero que, a pesar de lo vivido, siguen corriendo el riesgo de quedarse en eso, en simples protestas. ¿Servirá esta situación para cambiar nuestro modelo educativo?

Fase 1. El aburrimiento

Sed sinceros con vosotros mismos. Cuando supisteis que no tendríais que ir al menos durante dos semanas al instituto, ¿no experimentasteis cierta satisfacción? Muchos de mis alumnos no me lo expresaron verbalmente, pero sí lo manifestaron con sus actos... A muchos se les pasó por la cabeza. *¡Qué bien! Unas merecidas vacaciones, o... Genial ahora tendré tiempo para acabar esa serie de Netflix...* Incluso simplemente *ahora tendré más tiempo para no hacer nada*. Creedme, además de profesora sigo siendo alumna y a mí también se me pasaron por la cabeza estas ideas. Cuando me di cuenta de que muchos de mis estudiantes experimentaron cierto alivio por no tener que asistir a clase, una cuestión se me vino a la mente ¿Por qué los estudiantes se alegran cuando no hay que ir a la escuela? *Menuda pregunta que nos hace, pensaréis. Es obvio, es una obligación, es algo que se tiene que hacer y punto, aunque no me guste.*

A partir de ahí, intuí que yo sola no podría encontrar la respuesta, así que decidí preguntarles a mis alumnos: «¿Has pensado alguna vez por qué os aburrís en clase?». Y estas fueron algunas de sus respuestas:

«No me aburro en todas las asignaturas, solo en aquellas en las que no me interesa la materia, tampoco lo hago cuando envían tareas o hacemos algún ejercicio; por lo menos, siento que estoy haciendo algo. No creo que una clase pueda llegar a ser divertida, pero escuchar a un profesor hablar durante una hora seguida es un coñazo. Las materias en las que el profesor o la profesora utiliza los medios audiovisuales o se proponen actividades es todo mucho más ameno» (alumna de 2º de E.S.O.).

«Creo que no nos gustan las clases y nos aburrimos en ellas: no son muy dinámicas ni entretenidas. Las lecciones deberían ser más prácticas, en vez de tan teóricas, ya que creo que al hacer actividades aprendemos muchísimo más y comprendemos mejor los conocimientos, aparte de que nos divertimos y nos llama muchísimo más la atención» (alumno de 3º de E.S.O.).

«Tenemos o hemos tenido profesores que te quitan las ganas de todo, son capaces de hacer de tu asignatura favorita la más odiada. Entiendo que hay gente quemada como en todos los trabajos, pero que tu maestro llegue, te lea la hoja del libro que estás dando y se dedique a hablar durante toda la hora sin hacer ningún ejercicio o aplicar el contenido visto, hace las clases especialmente aburridas».

«Pensando, creo que nos aburrimos porque damos contenidos que no nos gustan y no nos interesan. Entiendo que hay que tener una cultura general sobre los temas, pero a veces siempre son las mismas cosas y las mismas tareas, no se varía, al final esto se hace pesado y acabas aburriéndote» (alumna de 1º de bachillerato).

Como veis, son respuestas de tres alumnos de diferentes etapas y de diferentes cursos, pero todos ellos coincidieron en que la forma de dar la clase de los docentes no es la adecuada. En otras palabras, en muchas ocasiones los profesores somos un tostón cuando estamos explicando, nos dedicamos a hablar y vosotros a tomar apuntes o escuchar. La verdad es que si esta es la queja es relativamente sencillo cambiar la situación: bastaría con pensar en un modelo mixto de clase, una parte reservada a la explicación de los contenidos y otra dedicada a realizar actividades. Los ejercicios prácticos han resultado ser muy útiles a la hora de fijar contenidos. De esto ya se dio cuenta el pedagogo David Ausubel cuando hablaba del aprendizaje significativo. Este hace referencia a la capacidad de retener la información y recurrir a ella en situaciones futuras. De esta manera, para Ausubel, cuando vemos la aplicación de lo visto en clase, es mucho más fácil que lo interioricemos. Dicho de una manera sencilla, aprender es mucho más fácil cuando estoy poniendo en práctica los contenidos que simplemente cuando los escucho. Una de las actividades que más acogida muestra por parte de los alumnos es la realización de debates en el aula, quizás sea porque los estudiantes se sienten partícipes y que están siendo escuchados. Sin embargo, a pesar de que la COVID-19 ha puesto en jaque el modelo tradicional de dar clase —la clase teórica— llevar a cabo este tipo de tarea ha sido muy complicado, ya que no es lo mismo estar presente en un aula con tus compañeros y tu profesor, sintiendo y viviendo el calor del momento y de la discusión.

No obstante, la situación de confinamiento sí que ha servido para insistir en lo importante que es el uso de las nuevas tecnologías. Estas aportan infinidad de recursos y herramien-

tas para poder trabajar la clase de manera más dinámica. Y no, no me estoy refiriendo únicamente a leer *power points*, algunos recursos como documentales, capítulos de series, análisis de memes o incluso la propia plataforma de Instagram, ofrecen medios directos con los que vosotros estáis familiarizados y os resultan muchos más atractivos que la pizarra y la tiza. Lo cual me lleva a hablar del segundo punto que mis alumnos también denunciaron, la desconexión entre los contenidos y vuestra vida diaria. Las explicaciones os parecen mucho más asequibles e interesantes cuando veis que se puede establecer una relación entre ellos y las situaciones que os pasan en la vida cotidiana o que suceden en el mundo, en definitiva, cuando veis la utilidad a algo, automáticamente, pensáis que «eso» sí que merece la pena que sea estudiado o aprendido.

¿Realmente os parece difícil llevar a cabo lo que he propuesto? Yo creo que no. ¿Y por qué no se hace? En la siguiente fase igual podemos dar respuesta a esta pregunta.

Fase 2. El agobio

Y así lo que en principio iban a ser unas pocas semanas excepcionales se alargó en el tiempo. Y digerido el *shock* inicial llegó la incertidumbre. ¿Cómo damos clase? ¿Qué hacemos? ¿Avanzamos materia? ¿Repasamos contenidos? Todo fue bastante caótico. Que si el de historia hace videollamadas, que si la de lengua envía tareas, que el de matemáticas nos sube al *classroom/moodle* ejercicios, la de inglés nos manda enlaces de actividades *on-line*... De repente, el profesor ha cambiado la manera de impartir la materia, incluso los ejercicios y contenidos que estamos viendo ahora los vuelve a cambiar... En

nuestra defensa, tengo que decir que esto sucedía porque la Administración no nos daba instrucciones y, cuando lo hacía, era tarde, además de que estas eran contradictorias.

El escenario siguió empeorando: los trabajos empezaron a acumularse, la lista de ejercicios cada vez aumentaba más. Y, en muchas ocasiones, os visteis obligados a elegir qué asignaturas trabajar y qué asignaturas «dejar de lado», pues los «trabajos» que se proponían no se hacían en los cincuenta o cincuenta y cinco minutos que duraban las clases. Muchas veces, además, os faltaba la explicación de los conceptos o ideas que os proponíamos trabajar y no sabíais cómo realizar las tareas. Incluso, a veces, llegasteis a tal límite que, agotados o hartos, decidisteis parar y no hacer nada. Un alumno me confesó durante una de nuestras sesiones que estaba sufriendo tremendos dolores de cabeza y que estaba comenzando a dormir mal; tampoco se han tenido en cuenta los efectos nocivos para la salud de pasar ocho horas o más delante de un ordenador. A todo esto, hay que sumarle el encierro entre cuatro paredes, en muy poco espacio, con padres, hermanos o demás familiares, sin un momentito de intimidad. Los nervios estaban a flor de piel y las discusiones se multiplicaban, y por cualquier tontería todos saltábamos.

Y este solo era el mejor de los casos. Y digo esto, porque esta fue la situación de los alumnos que tenían un ordenador para ellos y buena conexión a Internet. En muchas casas, solo se tiene un portátil y como encima tengas hermanos que también asisten al colegio o padres que teletrabajan «apaga y vámonos». ¿Quién utiliza la computadora y cuándo? ¿Cuándo voy a hacer entonces todas las tareas que me mandan? ¿De

madrugada? En mi caso, hubo alumnos que trabajaron a horas intempestivas de la noche para cumplir con las entregas, porque se encontraban en esta situación. Y todavía hay más, algunos estudiantes ni siquiera tenían ordenador o conexión wifi en casa: no solo aquellos cuyas familias tienen menos recursos, sino que los adolescentes que viven en zonas rurales, a veces, cuentan con una conexión pésima.

En este clima y circunstancia llegamos al gran interrogante de la educación en esta etapa, lo que más os suele preocupar a los estudiantes —y, por qué no decirlo, a profesores—: la EVALUACIÓN. ¿Qué es lo que hay detrás de esta preocupación por las notas? Así respondía una alumna:

«Vivimos en una sociedad en la que la educación está basada en la competencia, en vez de estar basada en el aprendizaje. Es decir, estamos acostumbrados a “comernos” la cabeza porque no hemos superado la fina línea del aprobado» (Estudiante de 1º de bachillerato).

Algo se está haciendo mal en educación si lo que más me importa son las notas, pues el proceso de evaluación tampoco se puede reducir a calificar a una persona. ¿Y por qué sucede esto? Muy sencillo. Nuestro modelo educativo es solo el reflejo del modelo económico y social por el que se rigen los países, el capitalismo. ¿Y en qué consiste? Muy brevemente, este sistema se caracteriza por fomentar la individualidad, la competitividad y dar mayor importancia a los resultados finales, ateniendo a principios de eficiencia o utilidad. Las notas os importan tanto porque generalmente suelen ser el pasaporte para poder realizar esa carrera o entrar a ese grado de formación profesional que tanto os interesa, o simplemente porque

así vuestros padres os van a dejar en paz, os van a recompensar o vais a poder pasar un buen verano.

Realmente, no es que a los estudiantes les de igual aprender o no, sino que ven esto como algo secundario. ¿Cuántas veces has estudiado un examen, lo has superado con éxito y a la semana siguiente ya no te acuerdas de nada? Estudiamos para obtener una calificación, no para aprender. ¿Por qué? Porque las calificaciones son la manera de medir y clasificar a los alumnos. De ahí que todos entréis en la competición para ver cuál es el mejor o el más apto, y que cuando estos resultados deseados no se obtienen aparezca la frustración y el fracaso escolar. De la misma manera que el capitalismo fomenta en el mercado que las empresas y los individuos compitan por llegar a ser el mejor para obtener mayores beneficios, esto se traslada a la educación: los alumnos compiten entre sí para obtener las mayores puntuaciones.

Hasta aquí, pues, hemos hablado del proceso de evaluación en general. Ahora bien, ¿qué es lo que se evalúa? y ¿cómo se evalúa? Empecemos por la primera cuestión. Una de las preguntas que más se repiten antes de un examen es: ¿Qué es lo que entra para el ejercicio escrito? Vosotros soléis entender que de lo que se os va a examinar en un control son las unidades que el profesor ha visto durante un determinado tiempo en clase, pero estos temas no son una elección arbitraria, sino que responden a un currículo que propone la Administración. ¿Y qué significa esto? Pues que los profesores no nos «inventamos» lo que os vamos a enseñar, sino que esto viene determinado por una ley que generalmente proporciona el Estado, en la cual se recogen los contenidos sobre los que os tenemos que evaluar.

© del texto: Andrea Belenchón Marco, Paula Fraga Arias, María González Reyes, Lluís Nadal Dieste,
Paula Ericsson Navarro, Pablo MM, Nuria Prieto, Rita Rakosnik, Júlia Vergara-Alert, 2020

© de la traducción: Nàdia Grau Andrés, 2020

© de la introducción: David Porcel Dieste, 2020

© del diseño de la portada: Edu Blasi Rovira, 2020

© de la edición: Editorial Milenio, S. L., 2020

C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

Primera edición: septiembre de 2020

ISBN: 978-84-9743-??-?

DL: L ??-2020

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.